

LIBROS

Ramón Nieto y su parábola de España

La historia reciente convoca a los novelistas para que la nombren, para que con su palabra la den por terminada. Mientras esto no ocurra, esos temas y esos traumas que la sociedad siente como suyos seguirán pesando en la ficción, haciéndose ciclos jamás terminados, imponiendo la investigación en su seno. A veces, cuando la historia todavía es demasiado cercana, cuando los conflictos que la hicieron están aún sangrando, la literatura, privada de perspectiva, se hace documental y presente. Otras, se aleja del objeto, introduce una parábola protectora —una historia fantástica— y retuerce en cierta medida la realidad. En este caso tendrá que cargarse de connotaciones para que el avisado lector pueda reconocer la realidad que subyace bajo el texto... Y, generalmente, el resultado de este trabajo de escamoteamiento suele ser infinitamente más rico que la mera narración de la historia.

Esto es lo que ocurre con *La Señorita*, de Ramón Nieto (1), una novela ambiciosa a todos los niveles, de sorprendente lectura, donde un rompecabezas mágico se va reconstruyendo lentamente, llevando en cada pieza un trozo de nuestra historia, de nuestro presente y pasado más inmediato. Toda la sociedad española, de la posguerra acá, adquiere su sitio en esta parábola política, en esta verdadera fiesta ficticia, en la que el lenguaje aparece como única apoyatura, en la que se niega cualquier con-

cesión a la demagogia o a la simplicidad.

A nivel estructural, cuatro puntos cardinales van centrando la narración, las cuatro perspectivas simultáneas que van montando la novela. Cada una de ellas se refiere a un mundo, a una escala social, a una clase. Y, caracterizándolas, cada una cuenta con lenguaje propio y ejemplar.

En primer lugar, en un tono de farsa y desmadre, la nobleza de Belenos, enloquecida y esperpéntica, inútil, espera entre rezos la vuelta de los pasados tiempos mejores. El colorismo de las palabras, especialmente elegidas, recuerda, creo que voluntariamente, al Valle-Inclán más feroz, al más fieramente caústico. Y esta utilización de un estilo conocido y solo suavemente barroco ayuda a componer ese ambiente anacrónico, ridiculizable y ridiculizado, su marginalidad social y sus esperanzas de poder...

Cerca de allí, otro polo de Belenos es el Gimnasio, el centro de enseñanza y cultura. El estilo se retuerce y se vacía aquí; la retórica ciceroniana ha sustituido la gracia de la farsa, y la falsa creación literaria de poemas de nuestros renacentistas y primeros barrocos es un síntoma terrible de un mundo que no sabe leer a los clásicos sino para copiarlos, que no sabe entender su mundo sino para gozar el masoquista disfrute de una emulación imposible... Es la presencia obligatoria de los recuerdos imperiales, de los himnos y los poemas, de los viejos pasados perdidos tiempos en que Belenos era amo del mundo y en sus tierras tampoco se ponía el sol.

Mientras, los niños sueñan en otro lenguaje, el del futuro, el de una encantada y simple poesía. Cotidianos y normales, atisbos de verdaderos problemas personales, de despertar a un presente en cuya construcción no se participó, estos niños ponen la nota ingenua y simple, ensoñada y hermosa. Su familia, con todo, es la representante de cierta

burguesía liberal y «progre», la del profesor semixiliado de Belenos, que conoce y siente la ausencia de ese primo que se ha ido, y que para el futuro —para los niños— representa el amo de las palabras y de las ilusiones, el único que puede y sabe construir esos maravillosos mundos y juguetes...

También hay otros niños. Los del pueblo de Belenos, a ratos campesino o minero, a veces industrial, siempre perseguido por esas figuras odiosas, los «guardas». Aquí la lengua se simplifica, retoma las formas populares del lenguaje cotidiano, sin miedo a las malas palabras. La frase se acorta y predomina el diálogo. Y el sufrimiento. Y la pobreza.

Estos cuatro mundos, bien diferenciados, miran al centro. Y el centro es la figura clave y silenciosa de la señorita. Una aparición confusa, divinidad y prostituta, amadísima y odiada, fuente de preocupación constante y colectiva. La señorita, que coquetea y casi olvida al director del Falansterio; que se resiste a dejarse convencer, otra vez, por la vuelta del amo noble de Belenos; que otrora amó al profesor liberal y hoy subyuga a los jóvenes escapados del Gimnasio... A la que el pueblo parece no importar demasiado, y que ahora parece encandilada por cierto yanqui pelirrojo y ambiguo que promete máquinas para industrializar Belenos... y a quien todos ven con decreciente y también ambiguo recelo. A quien, por fin, el pueblo mira con cierto rencor e indiferencia. La señorita, un disfraz terrible, una carne para una subyugación.

Los paralelos se establecen rápido, y aquí no es el lugar. Cada lector se ve sorprendido por la frase conocida, por el recuerdo de infancia, por la situación mil veces vivida. No hace falta haber ido a Belenos o vivir allí —ese increíble e imaginario país— para suponer que la fiesta en que acaba todo, esa terrible fiesta de



confusión, está tan cercana a nosotros... Y eso es precisamente lo importante del cuento. Lo cercano, lo universal que resulta. Legible en cualquier latitud, este mundo de Belenos puede ser reconocido por cualquier lector, desde cualquier lengua. Porque, desde una realidad honda, sufrida y terrible, Nieto ha sabido crear un mito, un texto autónomo y loco, ha sabido universalizar unas preocupaciones y unas ilusiones, unos entresijos de humanidad. Y cualquiera sea el tiempo y el país que sea, puede identificarse con esas figuras.

El tiempo, doblegado bajo estas cuatro perspectivas simultáneas, se lentifica, se hace cada vez más ambiguo. Pasa y se mueve a distintos ritmos, obliga a la pérdida de conciencia. A sus expensas, el espacio ensancha y se hace el amo, se enriquece, acaba prevaleciendo. Belenos mismo, en sus cuatro puntos cardinales y conflictivos, es el eje. Poco a poco, entre el tema, que obliga a la omnipresencia de ella, y el lenguaje, que impone la de la tierra, la cabeza del lector va identificándose, va haciéndolas coincidir en su idea. Y a partir de aquí la narración va cobrando nuevos sentidos...

Ya decíamos que es una novela ambiciosa.

Primero por el tema, mil veces acudido, aunque no en toda su complejidad. Y, luego, por el tratamiento, por su estructura y su lenguaje corrompido. El resultado es esta novela inusual, fragmentaria, donde la realidad se nos revela a retazos, donde el autor se permite el juego de palabras y la parodia de estilos, donde el texto se complica en sinnúmero de planos. Se trata de una novela compleja para un mundo complejo. Y éste es su mejor acierto. ■ ROSA MARIA PEREDA.

Lo que la serpiente le dijo a la paloma

El género epistolar ha sido tradicionalmente utilizado para fines pedagógicos o de descripción subjetiva. Una carta es una lección breve y personalizada —adaptada a un caso concreto— o un fácil expediente narrativo para, sin caer en el psicologismo objetivista, detallar los avatares de un ánimo. El siglo XVIII fue pródigo en correspondencias reales o fingidas como artificio literario: entre las primeras destacan las cartas educativas de lord Borlینگbroke a su hijo, altivas y discretas; las de Madame Deffand, corrosivamente escépti-

cas e incomparablemente escritas; las de Voltaire, lecciones de todas las cosas, miscelánea de ese gran entrometido al que hace moderno su imposibilidad de distanciar. Entre las segundas figuran algunas de las grandes novelas de la época: «La religiosa», «Los uniones peligrosas», etcétera. En el siglo XX, por el contrario, la carta ha perdido casi todas sus funciones no estrictamente utilitarias; son motivo de ello la eléctrica aceleración de la vida, el teléfono, la facilidad de los viajes y la progresiva alfabetización de todas las clases sociales. Hoy ya prácticamente nadie sabe escribir ni se interesa por aprender; la escritura es una habilidad caída en desuso, como tocar la flauta o montar a caballo. Hace dos siglos, una sirvienta, Madame Staal de Launay, escribía mejor que Diderot o Voltaire; hoy, las empleadas de hogar escriben no mejor que cualquier profesional de las letras o incluso peor. Cosas de la era tecnológica.

Todo esto inclina a saludar con agrado la aparición de una correspondencia (1) suntuosamente escrita, en la que se entrelazan los procedimientos de un magisterio negativo con los primores y desgarros de la introspección. La incansable curiosidad del profesor García Calvo, que no hace mucho nos brindó una modelica edición de Don Sem Tob (2), rescata ahora del olvido las cartas de un joven desconocido, José Requejo, que llevó la vida entre politizada y bohemia de tantos estudiantes desarraigados de nuestros días, para acabar internado en un sanatorio mental, desenlace doloroso pero no infrecuente. Lo primero que revela esta correspondencia, mantenida con amigos y amigas, centauros y corporaciones, es una espléndida maestría literaria; algu-

(1) «Cartas de negocios de José Requejo». Ed. de A. García Calvo, Nostromo.

(2) «Proverbios y sentencias morales de Don Sem Tob». Ed. A. García Calvo, Alianza.